

ANDALUCÍA

CONVERSACIONES EN ANDALUCÍA

SONIA DIEZ

MAESTRA, ELLA LO DICE ASÍ, EMPRESARIA, DOCTORA EN ECONÓMICAS, CURSOS DE POSTGRADO EN HARVARD, ES UNA APASIONADA DE LA EDUCACIÓN. RESPONSABLE DE UN COLEGIO CON HISTORIA EN BILBAO, EN 2005 FUNDÓ EL COLEGIO INTERNACIONAL DE TORREQUEBRADA EN UN ADOSADO

«Discrepar a veces en este país es caer de inmediato bajo sospecha y que te etiqueten»

BERTA GONZÁLEZ DE VEGA

Viendo las instalaciones del Colegio Internacional de Torrequebrada cuesta trabajo imaginar que no hace tanto años estaba en un chalé con muebles de IKEA y una bandera en la puerta. El tesón que le ha puesto esta mujer la ha convertido en alguien muy admirada entre los empresarios malagueños.

Pregunta.—El negocio de poner un colegio parece, a las personas que nos interesa la educación, como algo gratificante. ¿Cómo es de difícil? ¿Qué margen dan las leyes para conseguir que un proyecto sea diferente?

Respuesta.—Poner un colegio es una forma de vida. Conozco más casos en los que los promotores, a pesar de su ilusión inicial, se han quedado atrapados en la complejidad del proyecto. Yo me siento muy afortunada, me encanta ser educadora, cómo no estar de acuerdo en que es un proyecto gratificante. Y respecto al margen para la diferenciación, es preciso tener en cuenta que siempre se legisla a partir de una realidad; la labor y el reto de todo emprendedor es crear esa realidad y hacer que sea posible. Es verdad que en otros países dan más margen. En EEUU, por ejemplo, existe la figura de los colegios independientes, donde pueden enseñar lo que quieran siempre que sus alumnos aprueben una prueba mínima de acceso a la universidad, el SAT, y los hay incluso que entran luego en universidades muy prestigiosas.

P.—Diversos estudios sobre la educación en el mundo dejan claro, por ejemplo, que la autonomía del centro a la hora de contratar y despedir a profesores es clave para la calidad de la educación. Sin embargo, cuando se debate sobre educación en este país casi nunca se habla de cosas como esa. ¿Por qué? También de elevar el listón para estudiar Magisterio en la Universidad, como en Finlandia.

R.—Esto, como todo, permite matices. Difícilmente se puede hablar de meritocracia y selección por competencias cuando el candidato profesional está blindado bien por una relación mercantil—casos en los que los profesores compran el derecho al ejercicio de su función a través de acciones de la empresa—



CARLOS DIAZ

o, también, por la condición inamovible de un concurso-oposición, aunque también es verdad que la creación y retención de talento requiere de una estabilidad suficiente en la relación laboral. La rigidez hace más daño que la flexibilidad, pero es cierto que se tiene que velar para que esta última no acabe convirtiéndose en arbitrariedad. Y no

«La gente no es tonta y está decepcionada con el plan de bilingüismo en los colegios»

se habla de estos aspectos supongo que por nuestro gran problema como país: nuestro complejo de democracia reciente. Discrepar, decir algo políticamente incorrecto aunque sea una verdad como un templo y sabida por todos es caer de inmediato bajo sospecha y que te cuelguen etiquetas que abran o cierren puertas. La libertad sigue sien-

do una conquista pendiente en este país en la que las contiendas se establecen casi en exclusiva con un sentido gregario y réditos a corto plazo en vez de un afán por el bien común y lealtad hacia un futuro mejor.

P.—Hay veces en las que, en los colegios privados, parece que se llega al círculo virtuoso de tener a padres muy sacrificados por la educación de sus hijos y éstos notan eso en sus casas y responden. Sin embargo, en la pública, cada vez preocupa más que ha dejado de funcionar como palanca social. ¿Cómo conseguir que las familias aprecien más la educación?

R.—La educación es la, nalanca social. El problema es que todo educa, no hacer algo con respecto a una cosa también educa, maleduca, pero educa. ¿Cuánto tiempo hace que nuestra sociedad no le pregunta a los padres por qué llevan a sus hijos al colegio? Las respuestas, aunque puedan doler, serán siempre una oportunidad de cambio y mejora.

P.—Aquí se hace un esfuerzo con los idiomas, ¿se está engañando a la

gente con la certificación de los centros bilingües?

R.—Creo que hay un desconocimiento enorme de lo que es el bilingüismo y que, como en tantas cosas, se ha puesto lo urgente por delante de lo importante. Urgía incorporar el inglés a los planes de estudios y se diseñó un traje a medida: la etiqueta de centro bilingüe.

«¿Cuánto tiempo hace que la sociedad no se pregunta por qué van sus hijos al colegio?»

El caso es que todo el mundo sabe que yo no soy Messi por mucho que me compre su camiseta y me la ponga a diario. La gente no es tonta, lo sabe, no hay engaño, hay hastío, decepción profunda... Son sus hijos de lo que se está hablando; si pudieran elegir de verdad, por supuesto que sabrían bien qué es bilingüismo.

P.—Volviendo al asunto de la poca diferenciación que se tiene en España, donde, de hecho, se puede y se hace en algunos públicos el bachillerato internacional. ¿No hay miedo a esa diferenciación? En otros países, en los bachilleratos, incluso dependiendo del nivel que quiera un alumno en matemáticas puede compartir clase de matemáticas con otro curso más avanzado o no.

R.—Es que yo siempre explico que en los países pobres todos comemos lentejas y es verdad que vamos muy bien alimentados pero que llega un punto en el que la gastronomía te ofrece más posibilidades y la autoridad lo que te viene a decir es que te dejes de florituras. Y se pueden hacer menús mucho más variados y no más caros. En el bachillerato internacional, que tienen en institutos públicos como el Ramiro de Maeztu en Madrid, se permite hacer distintos niveles. Y aquí llegamos a la Selectividad, que la aprueba el 98% porque como necesitamos llenar todas las universidades, pues tiene que ser así.

P.—Sin embargo, usted no es muy partidaria de los ranking, de que se supiera qué institutos consiguen las mejores notas en Selectividad, no el porcentaje de aprobados.

R.—Es que prefiero las referencias internacionales. Que no me midan con el vecino, sí lo que vamos a hacer es competir globalmente.

P.—¿Por qué abrieron colegio aquí?

R.—Habíamos veraneado mucho aquí, tenemos amigos que se vinieron a vivir. El colegio de Bilbao es de 1963, está basado en los principios de la Institución Libre de Enseñanza y desde el principio fue mixto y privado, algo que en aquellos años era raro. Además, dábamos clases de inglés que no era habitual en la época. Fuimos los hippies del lugar. Ya entonces lo llamamos Europa, cuando parecía algo lejano. Atrajo un tipo de público más liberal. Este año es el 50 aniversario, hemos formado a 24.000 alumnos.

Desde que venimos aquí siempre fantaseamos con la posibilidad de abrir uno. Mi padre compró una parcela escolar. Desde 1996 nos volcamos en diseñar el colegio, el proyecto educativo. Y abrimos en 2005. A mi padre no le dio tiempo a verlo. Fue un poco como dar un salto al vacío, también me tocó hacerme cargo del colegio de Bilbao.